

culo: se había abierto una fosa ante la columnata del Louvre, y un sacerdote con sobrepelliz y estola recitaba oraciones á orillas de esta gran tumba, en que se depositaba á los muertos. Yo me descubrí la cabeza, é hice la señal de la cruz. La multitud silenciosa miraba con respeto esta ceremonia que no hubiera sido nada si la religión no hubiese asistido á ella. Tantos recuerdos y reflexiones se agolpaban á mi imaginación, que quedé en una completa inmovilidad. De repente me sentí empujado, y oí un grito: ¡Viva el defensor de la libertad de imprenta! Mis cabellos me habían hecho reconocer. Al instante me rodean los jóvenes, y me dicen:—«¿Dónde vais? Vamos á conducirnos adonde quiera que vayáis.» Yo no sabía qué responder; daba gracias por este ofrecimiento; intentaba separarme de los grupos, y suplicaba que me dejaran seguir mi camino. No era aun la hora señalada para la reunión de la cámara de los Pares. Los jóvenes no cesaban de gritar:—«¿Dónde vais? ¿Dónde vais?» Yo respondí sin saber lo que decía:—«Pues bien, al palacio real!» Al instante soy conducido á él á los gritos de ¡viva la Carta! ¡viva la libertad de imprenta! ¡viva Chateaubriand! En el patio de las fuentes Mr. Barba el librero salió de su casa, y vino á abrazarme.

Llegamos al palacio real, y me hacen entrar en un café bajo la galería de madera. Yo me moría de calor. Con las manos cruzadas reitero mi petición para que se me evite la gloria que quieren darme; pero en vano, porque la juventud se niega á dejarme. Había entre la multitud un hombre de chaqueta, de manos negras, el rostro siniestro y ojos ardientes, tales como yo había visto tantos al principio de la revolución, el cual intentaba á cada paso aproximarse á mí; pero los jóvenes le rechazaban siempre. No he podido saber ni su nombre ni lo que quería de mí.

Fue necesario, en fin, resolverme á decir que iba á la cámara de los Pares: salimos del café, y comenzaron de nuevo las aclamaciones. En el patio del Louvre se oyeron diversos gritos; unos decían:—«¡A las Tullerías, á las Tullerías!» Otros:—«¡Viva el primer cónsul!» Y parecían querer hacerme heredero de Bonaparte republicano. Jacinto, que me acompañaba, recibía su correspondiente parte de manotones y de abrazos. Atravesamos el puente de las Artes, y tomamos la calle del Sena. De todas partes corrían á nuestro encuentro; por todas partes se asomaban á las ventanas. Tantos honores me hacían padecer, porque todos me querían llevar á su lado y parecían quererme arrancar los brazos. Uno de los jóvenes que me empujaban por detrás pasó de pronto su cabeza por entre mis piernas, y me levantó sobre sus hombros. Hubo nuevas aclamaciones á mi nombre, y se gritó á los espectadores de la calle y de las ventanas:—«¡Abajo los sombreros! ¡viva la Carta! Y yo replicaba:—«¡Si, señores; ¡viva la Carta! pero ¡viva también el rey!» No se repetía este grito, pero no provocaba ninguna cólera. Y ved aquí como aun no estaba perdida la partida, según habían dicho torpes consejeros ú hombres sin fe. Todo podía aun arreglarse; pero era necesario no presentar al pueblo mas que hombres populares; en las revoluciones un nombre hace mas que un ejército.

Tanto supliqué á mis jóvenes amigos, que al fin me pusieron en tierra. En la calle del Sena, frente á mi librero, Mr. Lenormant, un tapicero ofreció un sillón para llevarme: yo lo rehusé, y llegué en medio arreglos políticos tan fraudulentos; pero nadie me comprendía.»

El 5 de julio de dicho año de 1841, Mr. Dubourg me escribió de nuevo, enviándome el borrador de una nota que había dirigido en 1828 á MM. de Martignac y de Cauv, excitándolos á hacerme entrar en el consejo. Nada he adelantado, pues, acerca de Mr. Dubourg que no sea de la mas exacta verdad. (Paris, nota de 1841.)

de mi triunfante comitiva al pórtico del Luxemburgo. Mi generosa escolta me dejó entonces, despues de haber dado nuevos gritos de ¡viva la Carta! ¡viva Chateaubriand! Los sentimientos de esta noble juventud me han conmovido: yo había gritado ante ella ¡viva el rey! con tanta seguridad como si me hubiese hallado solo encerrado en mi casa. Ella conocía mis opiniones; ella misma me llevaba á la cámara de los Pares, donde sabía que iba á hablar en favor de mi rey, al que quería permanecer fiel; y esto era el 30 de julio, y acabábamos de pasar al lado de la fosa en que se sepultaba á los ciudadanos muertos por las balas de los soldados de Carlos X.

REUNION DE LOS PARES.

El ruido que yo dejaba fuera contrastaba con el silencio que reinaba en el vestíbulo del palacio de Luxemburgo. Este silencio era aun mayor en la oscura galería que precede á los salones de Mr. de Semonville. Mi presencia desconcertó á los veinte y cinco ó treinta pares que se hallaban reunidos, porque yo impedía las dulces efusiones del miedo, la tierna consternación á que se hallaban entregados. Aquí ví al fin á Mr. de Mortemart. Yo le dije que, conforme á los deseos del rey, deseaba entenderme con él. Me respondió, como ya he dicho, que en su viaje se había desollado un talon, y se internó en la asamblea. Nos dió conocimiento de las ordenanzas, y cómo las había hecho comunicar á los diputados por medio de Mr. de Sussy. Mr. de Broglie declaró que acababa de reconocer á París; que nos hallábamos sobre un volcan; que los ciudadanos no podían ya contener á sus obreros, y que si llegaba á pronunciarse siquiera el nombre de Carlos X, se nos cortaría á todos la cabeza y se demolería el Luxemburgo, como se había demolido la Bastilla.—«Es cierto, es cierto,» murmuraban con voz sorda los prudentes, meneando la cabeza. Mr. de Caraman, que se había hecho duque, al parecer, porque había sido criado de Mr. de Metternich, sostenía con calor que no podían ser reconocidas las ordenanzas.—«¿Por qué?» le dije yo; y esta simple y fria pregunta agotó su vena.

En esto llegan los cinco comisionados de los diputados. Sebastiani empieza con su frase acostumbrada:—«Señores, es este un gravísimo asunto.» En seguida hace un elogio de la gran moderación del duque de Mortemart; habla de los peligros de París; pronuncia algunas palabras en alabanza de S. A. R. monseñor el duque de Orleans, y concluye con que es imposible ocuparse de las ordenanzas. Mr. Hyde de Neuville y yo fuimos los únicos de parecer contrario. Yo obtuve la palabra.—«El duque de Broglie nos ha dicho, señores, que ha reconocido las calles y visto por todas partes disposiciones hostiles. Yo vengo también de reconocer á París, y tres mil jóvenes me han traído al vestíbulo de este palacio: habeis podido oír sus gritos. ¿Tienen sed de sangre los que aclaman así á uno de vuestros colegas? Ellos han gritado ¡viva la Carta! y yo les he respondido ¡viva el rey! No por eso han manifestado ningún sentimiento, y han venido á dejarme sano y salvo en medio de vosotros. ¿Son estos síntomas de la opinión pública tan amenazadores? Yo sostengo que no está todo perdido, y que podemos aceptar las ordenanzas. No se trata de considerar si hay peligro ó no, sino de guardar los juramentos que hemos prestado al rey, á ese rey á quien debemos nuestras dignidades, y muchos de entre nosotros su fortuna. S. M., retirando las ordenanzas y cambiando el ministerio, ha hecho su deber; hagamos ahora el nuestro. ¿Como! ¿En todo el curso de nuestra vida se presenta un solo día en que nos vemos obligados á presentarnos en el campo de batalla, y no aceptaremos el combate? Demos á la Francia un ejemplo de honor y de

lealtad; impidámosla que caiga en combinaciones anárquicas, en que su paz, sus intereses verdaderos y su libertad irían á perderse. El peligro se desvanece cuando se osa mirarle de frente.»

No se me respondió nada; pero se apresuró el fin de la sesión. Había en esta asamblea, á la que dominaba el miedo, una impaciencia de perjurio; cada uno quería salvar su vida, como si no hubiese de llegar mañana el tiempo de arrancarnos nuestras viejas pieles, por las que un judío previsor no habría dado un óbolo.

LOS REPUBLICANOS. — LOS ORLEANISTAS. — MONSIEUR THIERS ES ENVIADO Á NEUILLY — CONVOCACION DE LOS PARES EN CASA DEL GRAN CANCELLER.—EL AVISO ME LLEGA DEMASIADO TARDE.

Los tres partidos comenzaban á pronunciarse y á obrar los unos contra los otros: los diputados que querían la monarquía para la rama primogénita eran los mas fuertes legalmente, porque reunían en torno suyo todo lo que tendía al orden; pero moralmente eran los mas débiles, vacilaban, y no se pronunciaban abiertamente: parecía evidente que por la tergiversación de la corte, pasarían á la usurpación mas bien que verse absorbidos por la república.

Los partidarios de esta hicieron fijar carteles que decían: «La Francia es libre. Ella no concede al gobierno provisional mas que el derecho de consultarla, esperando á que exprese su voluntad en unas nuevas elecciones. No mas reyes. El poder ejecutivo confiado á un presidente temporal. Concurso mediato é inmediato de todos los ciudadanos en la elección de diputados. Libertad de cultos.»

Esta alocución reasumía las únicas cosas justas en la opinión republicana; una nueva asamblea de diputados decidiría si era bueno ó malo ceder á este voto, no mas reyes; cada cual habría defendido su causa, y la elección de un gobierno cualquiera por un congreso nacional hubiera tenido el carácter de legalidad.

En otro cartel republicano del mismo día se leía en letras gordas: «No mas Borbones... Todo estriba en esto: la grandeza, el reposo, la prosperidad pública, la libertad de la Francia.»

Se publicó, en fin, una petición á los individuos de la comisión municipal que formaban el gobierno provisional, en que se pedía: «Que no se diese ninguna proclama designando un gefe, cuando no se podía determinar aun la forma misma del gobierno; que el provisional se declarase permanente hasta que pudiese ser conocido el voto de la mayoría de los franceses, pues toda otra medida seria intempestiva y culpable.»

Esta petición, formada por una comisión que había nombrado un gran número de ciudadanos de los diversos distritos de París, estaba firmada por monsieurs Chevalier, presidente, Trelat, Teste, Lepelletier, Guinard, Hingray, Cauchois-Lemaire, etc.

En esta reunión popular se proponía confiar por aclamación la presidencia de la república á Mr. de Lafayette, apoyándose en los principios que la cámara de Diputados de 1815 había proclamado al disolverse. Varios impresores se negaron á publicar estas proclamas, diciendo que les estaba prohibido por Mr. de Broglie. La república echaba por tierra el trono de Carlos X; pero temía las prohibiciones de monsieur de Broglie, á pesar de no tener ningún poder.

Ya he dicho que en la noche del 29 al 30 monsieur Laffitte, con MM. Thiers y Mignet, lo habían preparado todo para fijar los ojos del público sobre el duque de Orleans. El 30 aparecieron proclamas y peticiones, producto de este conciliábulo: «Evitemos la república,» se decía en ellas. En seguida se comen-

moraban los hechos de armas de Jemmapes y de Valmy, y se aseguraba que el duque de Orleans no era Capeto, sino Valois.

Entre tanto Mr. Thiers, enviado por Mr. Laffitte, cabalgaba hácia Neuilly con Mr. Scheffer; S. A. R. no se hallaba allí. Hay grandes coloquios entre la señorita de Orleans y Mr. Thiers. Se conviene al fin en escribir al duque de Orleans para que se decida á adherirse á la revolución. Mr. Thiers mismo escribe algunas palabras al duque de Orleans, y Mad. Adelaide promete ir á París antes que su familia. El orleanismo había hecho progresos, y aquella misma tarde se trató entre los diputados de conferir la lugartenencia general del reino al duque de Orleans.

Mr. de Sussy había sido menos bien recibido en el Hôtel de Ville con las ordenanzas de Saint-Cloud, que en la cámara de Diputados. Provisto de un recibo firmado por Mr. de Lafayette, volvió al encuentro de Mr. de Mortemart, quien exclamó: «Me habeis salvado mas que la vida, me habeis salvado el honor.»

La comisión municipal redactó una proclama, en la que declaraba que los crímenes de su poder (de Carlos X) habían acabado, y que el pueblo tendría un poder que le debería á él su origen y existencia: frase ambigua que se podía interpretar como se quisiera. MM. Laffitte y Perier no firmaron este acta. Mr. de Lafayette, alarmado demasiado tarde con la idea de un reinado orleanista, envió á monsieur Odilon Barrot á la cámara de Diputados á anunciar que el pueblo, autor de la revolución de julio, no entendía terminarla por un simple cambio de personas, y que la sangre vertida valía bien algunas libertades. Se trató de que los diputados publicasen una proclama invitando al duque de Orleans á dirigirse á la capital; pero despues de algunas comunicaciones con el Hôtel de Ville, fue desechado este proyecto. Entonces se acordó el nombramiento, por medio de la suerte, de una comisión de doce miembros que fuese á ofrecer al castellano de Neuilly la lugartenencia general que no había podido tener cabida en una proclama.

Por la noche, el gran canceller reunió en su casa á los pares; pero fuese por descuido, ó con intención, su carta me llegó demasiado tarde. Me apresuré á correr á la cita; se me abrió la reja de la avenida del observatorio, atravesé el jardín del Luxemburgo, y cuando llegué al palacio no hallé en él á nadie. Me volví por el camino de los parterres con los ojos fijos en la luna. Yo pensé entonces en los mares y en las montañas, donde se me había mostrado otras veces, en los bosques, en cuya cima, ocultándose ella misma en silencio parecía repetirme la máxima del Evangelio: «Oculta tu vida.»

SAINT-CLOUD. — ESCENA: EL DELFIN Y EL MARISCAL DE RAGUSA.

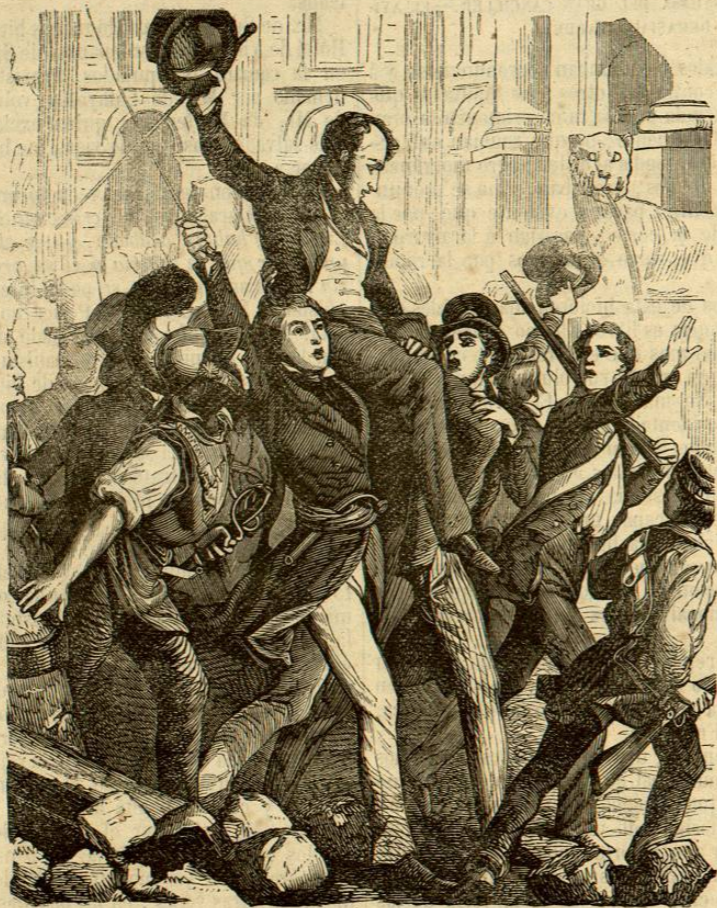
El 29, por la tarde, he dejado á las tropas en retirada hácia Saint-Cloud. Los ciudadanos de Chaillet y de Passy las atacaron, mataron un capitán de carabineros, dos oficiales, é hirieron á un soldado. La Moltra, capitán de la guardia, fue herido de un tiro disparado por un muchacho con quien había tenido consideraciones. El capitán había pedido su retiro en el momento de publicarse las ordenanzas; pero viendo el 27 que había combate, volvió á su cuerpo á participar de los peligros de sus camaradas. En las glorias de la Francia jamás hubo en los diversos partidos un combate mas bello entre la libertad y el honor.

Los niños intrépidos, porque ignoran el peligro, han representado un triste papel en los tres días.

A cubierto por su debilidad, tiraban á boca de jarro sobre los oficiales, que se habrían creído deshonrados hostilizándolos. Las armas modernas ponen la muerte á disposición de la mano mas débil. Monos y feos desvergonzados, libertinos precoces, crueles y perversos; estos héroes chiquitos de los tres días se entregaban á cometer asesinatos con todo el abandono de la inocencia. Guardémonos con alanzas imprudentes de hacer nacer la emulación del mal. Los niños de Esparta iban á la caza de ilotas.

Monseñor el delfin recibió á los soldados en la puerta de la aldea de Boloña, en el bosque, y despues entró en Saint-Cloud.

Este sitio se hallaba guardado por las cuatro compañías de guardias de corps. El batallon de los colegiales de Saint-Cyr habia llegado á él tambien; en rivalidad y en contraste con la escuela politécnica, habia abrazado la causa real. Las tropas, extenuadas, y que volvian de un combate de tres dias, en medio de sus heridas y de sus reveses no hablaban mas que de la evasion de los criados nobles, titulados y bien



CHATEAUBRIAND LLEVADO EN TRIUNFO POR LOS VENCEDORES DE JULIO.

comidos que se sentaban con el rey. No se pensó siquiera en interrumpir las líneas telegráficas; por el camino pasaban libremente correos, viajeros, sillas de posta y diligencias con la bandera tricolor, cuya vista insurreccionaba á las poblaciones del tránsito. Entonces comenzó la seducción por medio del dinero y de las mujeres. Las proclamas de París se extendieron por todo el sitio real y por todas las manos. El rey y la corte no querian persuadirse aun de que se hallaban en peligro. A fin de probar que despreciaban los gestos de algunos ciudadanos amotinados, y que no habia nada de revolucion, no demostraban la menor inquietud, y dejaban correr los sucesos. En todo esto se ve el dedo de Dios.

A la caída de la noche del 30 de julio, á la misma hora con corta diferencia en que partia para Neully

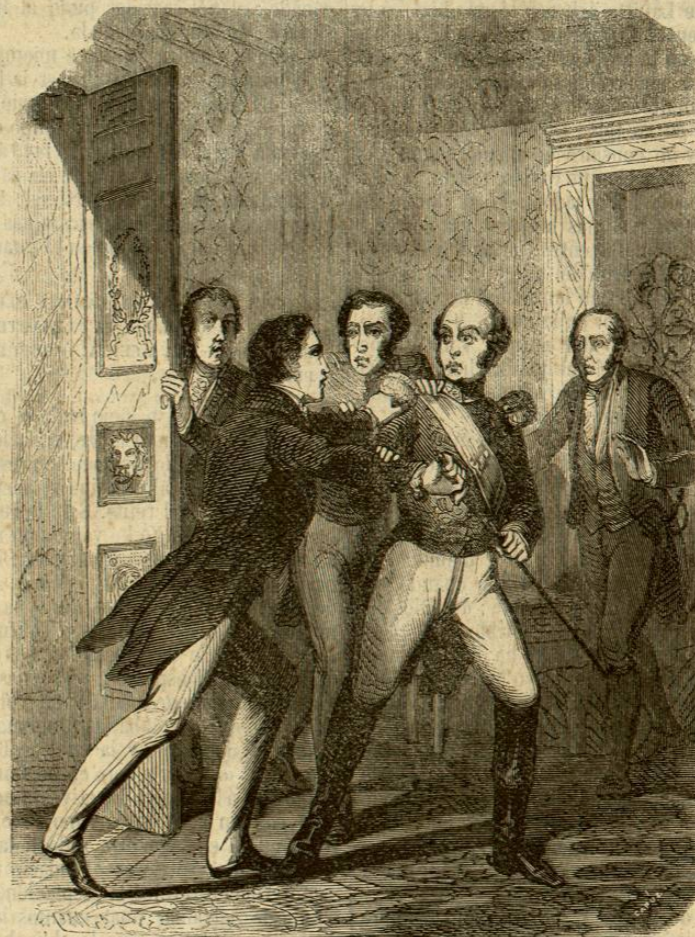
la comision de diputados, un ayudante hizo anunciar á las tropas que habian sido retiradas las ordenanzas. Los soldados gritaron ¡viva el rey! y recobraron su alegría en el vivac; pero este anuncio del ayudante no habia sido comunicado al delfin, quien, como muy amante de la disciplina, se habia enfurecido. El rey dijo al mariscal: —«El delfin está descontento; id á darle explicaciones.»

El mariscal no halló al delfin en su casa, y le aguardó en la sala de billar con el duque de Guisa y el duque de Ventadour, ayudante de campo del príncipe. El delfin entra: á la vista del mariscal se cubre de carmin su rostro; atraviesa la antecámara con sus largos pasos tan singulares; llega á su salon, y dice al mariscal: —«Entrad.» La puerta se cierra tras ellos; se oye un gran ruido; las voces son cada vez mas

fuertes. Inquieto el duque de Ventadour, abre la puerta, y en el mismo momento sale por ella el mariscal, perseguido por el Delfin, quien le llama dos veces traidor. —«¡Rendid vuestra espada! ¡Rendid vuestra espada!» Y arrojándose sobre él, se la arranca. El ayudante de campo del mariscal quiere precipitarse entre él y el Delfin; pero lo detiene Mr. de Montgascon; el príncipe se esfuerza por romper la espada del mariscal, y se hiere las manos. Entonces grita: —«¡A mí, guardias de corps! ¡Que se le prenda!» Los guardias de corps corrieron, y sin un movimiento de cabeza del mariscal, sus bayonetas le habrian alcanzado el rostro. El duque de Ragusa es arrestrado en su aposento.

El rey arregló medianamente este negocio, tanto mas deplorable, cuanto que los actores no inspiraban un gran interés. Cuando el hijo del Acuchillado mató á Saint-Pol, mariscal de la Liga, en aquella estocada se reconoció la sangre y el orgullo de los Guisas; pero aun cuando monseñor el Delfin hubiese hendido de una cuchillada al mariscal Marmont, ¿qué mérito habria habido en esto? Si el mariscal hubiese muerto á monseñor el Delfin, habria sido algo mas singular. Hoy se veria pasar por la calle á César, descendiente de Venus, y á Bruto, descendiente de Junio, y no se les miraría. Nada es grande hoy, porque no hay nada elevado.

Ved aquí en lo que se invertia en Saint-Cloud la



EL DELFIN Y EL MARISCAL DE RAGUSA.

última hora de la monarquía: esa pálida monarquía, desfigurada y sangrienta, se asemejaba al retrato que nos hace Urfe de un gran personaje espirando: «Tenia los ojos apagados y hundidos; la quijada inferior, cubierta solo por un poco de piel, parecia haberse retirado de su sitio; la barba erizada, la tez amarilla, las miradas lentas, las mejillas hundidas. De su boca no salian ya palabras humanas, sino oráculos.»

NEULLY.—MR. EL DUQUE DE ORLEANS.—RAINCY.—EL PRÍNCIPE VIENE Á PARÍS.

El duque de Orleans habia tenido por el trono toda

su vida esa inclinacion que toda alma bien nacida siente hácia el poder. Esta inclinacion se modifica segun los caracteres: impetuoso y anhelante, muelle y rastroso: imprudente, franco, declarado en estos; circunspecto, reservado, vergonzoso y bajo en aquellos: el uno, por elevarse, puede llegar á todos los crímenes; el otro, por subir, puede descender á todas las bajezas. El duque de Orleans pertenecia á esta última clase de ambiciosos. Seguid la vista á este príncipe, y vereis que no dice ni hace jamás nada completo, dejando siempre una puerta abierta por donde evadirse. Durante la restauracion adula á la corte y anima á los liberales: Neully es el asilo de

los descontentos. Se suspira, se aprieta la mano levantando los ojos al cielo, pero no se pronuncia una palabra bastante significativa que pueda ser contada en altos lugares. Muere un miembro de la oposicion, y se envia á su entierro un carruaje; pero este carruaje está vacío, y la librea es admitida en todas las puertas y en todos los entierros. Si en el tiempo de mi desgracia con la corte me encuentra en las Tullerías á su paso el duque de Orleans, tiene buen cuidado de saludar á la derecha; de manera que estando yo á la izquierda, no vuelve la espalda. Esto será notado y hará buen efecto.

¿Conoció el duque de Orleans las ordenanzas de julio antes de su publicacion? ¿Fue instruido de ellas por una persona que conocia el secreto de Mr. Ouvrard? ¿Qué pensó acerca de ellas? ¿Cuáles fueron sus temores y sus esperanzas? ¿Concibió algun plan? ¿Impulsó á Mr. de Laffitte á hacer lo que hizo, ó le cejó hacer solamente? El carácter de Luis Felipe ha de presumir que no tomó resolucioin alguna, y que su timidez política, encerrándose en su falsedad, es seró el acontecimiento como la araña espera la mosca que ha de coger en su tela. Dejó á la oportunidad que conspirase, y no conspiró él mismo segun sus deseos, porque es probable que tuviese miedo.

Dos partidos podia haber adoptado el duque de Orleans: el primero, y el mas honroso, era correr á Saint-Cloud, é interponerse entre Carlos X y el pueblo, á fin de salvar la corona del uno y la libertad del otro: el segundo consistia en lanzarse á las barricadas, con la bandera tricolor en la mano, y ponerse á la cabeza del movimiento del mundo. Luis Felipe debia escoger entre el papel del hombre honrado y el de grande hombre: ha preferido escamotear la corona del rey y la libertad del pueblo.

Una vez apoderado de la rica presa, han venido la corrupcion del antiguo régimen, esos ocultadores de efectos robados, escarabajos inmundos medio aplastados cien veces sobre el pavimento, y que, aunque aplastados, viven aun. Sin embargo, estos son los hombres á quienes se pondera, y cuya habilidad se ensalza. De otra manera pensaba Milton cuando escribia este pasaje de una carta sublime: «Si Dios depositó alguna vez un amor indestructible á la belleza moral del corazon de un hombre, lo ha depositado en el mio. En cualquier parte que yo encuentre á un hombre que desprecie la falsa estimacion del vulgo, que ose aspirar, por sus sentimientos, su lenguaje y su conducta, á lo que nos ha enseñado de mas excelente la sabiduria de las edades, yo me uno á este hombre por una especie de adhesioin de que no puedo prescindir. No hay ya poder en el cielo ni en la tierra que pueda impedirme contemplar con respeto y con ternura á los que han llegado á la cúspide de la dignidad y de la virtud.»

La ciega corte de Carlos X no supo jamás donde se hallaba ni con quien tenia que habérselas. Se podia haber mandado llamar al duque de Orleans á Saint-Cloud, y es probable que en el primer momento hubiera obedecido; tambien se podia haberle hecho detener en Neuilly el mismo dia de la publicacion de las ordenanzas; pero no se pensó en tomar ninguno de estos partidos.

A consecuencia de ciertas noticias que le llevó á Neuilly Mad. de Bondy, Luis Felipe se levantó á las tres de la mañana, y se retiró á un lugar conocido únicamente de su familia. Sentia el doble temor de ser atacado por la insurreccion de París ó detenido por un capitán de la guardia real. Fué, pues, á escuchar en la soledad del Raincy los tiros lejanos del Louvre, como escuchaba bajo un árbol los de la batalla de Waterloo. Los sentimientos que sin duda agitaban al príncipe no debian asemejarse en nada á los que me oprimian el corazon en los campos de Gante.

He dicho que en la mañana del 30 de julio no halló Mr. Thiers al duque de Orleans en Neuilly; pero que la duquesa de Orleans envió á buscar á S. A. R. El conde Anatolio de Montesquieu fue encargado del mensaje. Una vez en Raincy, Mr. de Montesquieu tuvo que vencer todas las dificultades del mundo para determinar á Luis Felipe á volver á Neuilly para esperar allí la diputacion de la cámara de Diputados.

En fin, persuadido por el gentil-hombre de la duquesa de Orleans, Luis Felipe subió en un carruaje. Mr. de Montesquieu partió delante muy deprimida; pero cuando volvió la vista atrás, vió que se detenia el carruaje de S. A. R., y que se encaminaba de nuevo hácia Raincy. Mr. de Montesquieu volvió apresuradamente, y suplicó á la futura magestad, que corria á ocultarse en el desierto, como los ilustres cristianos que huian en otro tiempo la pésada dignidad del episcopado: el fiel servidor pudo al fin conseguir una victoria, aunque malhadada.

La diputacion de los doce miembros de la cámara de Diputados que debia ofrecer la lugartenencia general del reino al príncipe, le envió el 30 por la tarde un mensaje á Neuilly. Luis Felipe recibió este mensaje en la verja del parque, lo leyó á la luz de una antorcha, y se puso al instante en camino para París, acompañado de MM. de Berthois, Haymés y Oudart. Llevaba en el ojal una escarapela tricolor, é iba á recoger una vieja corona en el guarda-ropa real.

UNA DIPUTACION DE LA CÁMARA ELECTIVA OFRECE AL DUQUE DE ORLEANS LA LUGARTENENCIA GENERAL DEL REINO.—LA ACEPTA.—ESFUERZOS DE LOS REPUBLICANOS.

A su llegada al palacio real, el duque de Orleans envió á cumplimentar á Mr. de Lafayette.

La diputacion de los doce se presentó en el palacio real, y preguntó al príncipe si aceptaba la lugartenencia general del reino. Este le respondió con visible embarazo: «Yo he venido en medio de vosotros á participar de vuestros peligros... Necesito reflexionar, y consultar á varias personas. Las disposiciones de Saint-Cloud no son hostiles, y la presencia del rey me impone ciertos deberes.» Tal fue la respuesta de Luis Felipe. Se desvanecieron sus objeciones y sus dudas, como él esperaba, y despues de haberse retirado por espacio de media hora, volvió con una proclama, en que aceptaba las funciones de lugarteniente general del reino, y la cual acababa con esta declaracion: «La Carta será en adelante una verdad.

Llevada á la cámara Electiva, la proclama fue recibida con un gran entusiasmo revolucionario, y se respondió á ella con otra redactada por Mr. Guizot. Los diputados volvieron al palacio real; el príncipe se enterneció, ratificó la aceptacion, y no pudo prescindir de derramar unas cuantas lágrimas sobre la deplorable situacion que le obligaba á ser lugarteniente general del reino.

La república, aturdida por los golpes que la habian dado, trataba de defenderse; pero su verdadero gefe, el general Lafayette, la habia casi abandonado. Este se complacia en el concierto de adoraciones que le dirigian de todas partes, aspiraba el perfume de las revoluciones, encantábale la idea de que era el árbitro de la suerte de la Francia, y que podia, dando un golpe con el pié en la tierra, hacer salir de ella, á su voluntad, una república ó una monarquía, y se adormecía en esa incertidumbre que tanto agrada á los espíritus que temen las conclusiones, porque el instinto les advierte que no son ya nada cuando los hechos se han verificado.

Los demás gefes republicanos se habian perdido de antemano por diversas fechorías: el elogio del terror recordando á los franceses el año de 1793, los habia hecho retroceder. El restablecimiento de la guardia

Se ha dicho que Mad. la delina era opuesta á las ordenanzas: el único medio de juzgar bien las cosas es considerarlas en su esencia, el plebeyo querrá siempre la libertad; el príncipe será inclinado al poder. No hay que hacerles de esto ni un crimen ni un mérito, está en su naturaleza. Madama la delina habria podido desear que las ordenanzas hubiesen aparecido en un momento mas oportuno, cuando se hubiesen tomado mejores precauciones para garantizar el éxito; pero en el fondo le agradaban, y no podian menos de agradecerle. La duquesa de Berry se hallaba encantada de ellas. Estas dos princesas creyeron que el trono, descompaginado, se hallaba al fin libre de las trabas que el gobierno representativo pone á los piés del soberano.

Es admirable no hallar en estos acontecimientos de julio al cuerpo diplomático, demasiado consultado por la corte, y que se mezclaba demasiado en nuestros asuntos.

Solo se hace mencion dos veces de los embajadores extranjeros en nuestras últimas turbulencias. Un hombre fue detenido en las barreras, y el pliego de que era portador enviado al Hôtel de Ville: era un despacho de Mr. de Lowenhielm al rey de Suecia. Mr. Baude hizo entregar este despacho á la legacion sueca, sin abrirlo. Habiendo caido tambien en manos de los agitadores populares la correspondencia de lord Stuart, le fue enviada igualmente sin haber sido abierta, lo que se admiró mucho en Lóndres. Lord Stuart, como todos sus compatriotas, gustaba del desorden en la casa extraña: su diplomacia era *policia*, sus despachos *informes*. El me queria mucho cuando yo era ministro, porque le trataba sin cumplimientos, y se le franqueaba siempre mi puerta: entraba, pues, en mi casa con botas, y á todas horas, armado y vestido como un ladron, despues de haber corrido los bulebares y las casas de jóvenes alegres, á quienes pagaba muy mal, y que se vengaban repitiendo picarescamente su apellido.

Yo habia concebido la diplomacia de una manera nueva: no teniendo nada que ocultar, hablaba de todo en voz alta, y habria enseñado mis despachos á cualquiera, porque no tenia ningun proyecto para la gloria de la Francia que no estuviese dispuesto á llevar á cabo contra toda oposicion.

Yo he dicho cien veces á sir Carlos Stuart, riéndose él, y yo muy serio: «No busqueis camorra; si me arrojaís el guante, le recojo. La Francia no os ha hecho jamás la guerra con un verdadero conocimiento de vuestra posicioin; por eso nos habeis batido siempre; pero no os confieis enteramente en ello (1).»

Lord Stuart vió, pues, nuestras *turbulencias de julio* con cierta alegría; pero los demás miembros del cuerpo diplomático, enemigos de la causa popular, habian impelido mas ó menos á Carlos X á la publicacion de las ordenanzas, y sin embargo, cuando esta publicacion se verificó, no hicieron nada por salvar al monarca, pues si Mr. Pozzo di Borgo mostró inquietud de un golpe de Estado, no fue ni por el rey ni por el pueblo.

Dos cosas son ciertas:

Primera; que la revolucion de julio atacaba los tratados de la cuádruple alianza. La Francia de los Borbones formaba parte de esta alianza, y por consiguiente no podian ser despojados violentamente sin que peligrase el nuevo derecho político de la Europa.

Segunda; que en una monarquía las legaciones extranjeras no están acreditadas cerca del gobierno, sino cerca del monarca. El estricto deber de estas legaciones era, pues, reunirse á Carlos X y seguirle mientras se hallase en territorio francés.

(1) Esto es lo mismo, con corta diferencia, que escribia yo á Mr. Canning on 1825. (Véase el congreso de Verona.)

¿No es singular que el único embajador á quien ocurrió esta idea fuese al representante de Bernadotte, de un rey que no pertenecia á las antiguas familias de soberanos? Mr. de Lowenhielm iba á arrastrar al baron de Werther á su opinion, cuando Monsieur Pozzo di Borgo se opuso á un paso que sus creencias le imponian como un deber y que exigia el honor.

Si el cuerpo diplomático se hubiera dirigido á Saint-Cloud, habria cambiado la posicioin de Carlos X: los partidarios de la legitimidad hubieran adquirido en la cámara una fuerza que les faltó desde un principio; el temor de una guerra posible hubiera alarmado á la clase industrial, y la idea de conservar la paz, conservando á Enrique V. habria arrastrado al partido del vástago real una masa considerable del pueblo.

Mr. Pozzo di Borgo se abstuvo de seguir á Carlos X por no comprometer sus fondos en la bolsa ó en casa de los banqueros, y sobre todo, por no exponer su plaza. Ha jugado al cinco por ciento sobre el cadáver de la legitimidad Capeto, cadáver que comunicará la muerte á los demás reyes vivos. Dentro de algun tiempo quizá no se dejará de intentar, segun costumbre, el hacer pasar esta falta irreparable de un interés personal por una combinacion profunda.

Los embajadores que permanecen mucho tiempo en una corte adquieren la costumbre del país en que residen: dichosos por vivir en medio de los honores, no viendo las cosas como son en sí, temen exponer en sus despachos alguna verdad que pueda comprometer su posicioin. Otra cosa muy distinta es, en efecto, ser Esterhacy, Werther, Pozzo, en Viena, en Berlin y en Petersbourg, á ser excelentísimos embajadores en la corte de Francia. Se ha dicho que monsieur Pozzo tenia resentimientos contra Luis XVIII y Carlos X, con motivo del cordon azul y de la dignidad de par. Hubo injusticia en no satisfacer su ambicion, pues habia hecho á los Borbones grandes servicios en odio á su compatriota Bonaparte. Pero si en Gante decidió la cuestion del trono, provocando la súbita partida de Luis XVIII para París, bien puede vanagloriarse de que, impidiendo al cuerpo diplomático cumplir con su deber en las jornadas de julio, ha contribuido á hacer caer de la cabeza de Carlos X la corona que habia ayudado á colocar de nuevo sobre la frente de su hermano.

Creo hace mucho tiempo que los cuerpos diplomáticos, creados en siglos sometidos á otro derecho de gentes, no están en armonía con la sociedad nueva. Los gobiernos de publicidad, las comunicaciones fáciles, hacen que los gabinetes puedan tratar directamente entre sí, sin otra mediacion que la de agentes consulares, cuyo número deberia aumentarse, mejorando su suerte, porque hoy la Europa es industrial. Los espías titulados, con pretensiones exorbitantes, que se mezclan en todo para atribuirse una importancia que de dia en dia van perdiendo, no sirven mas que para incomodar á los gabinetes cerca de los cuales están acreditados, y para alimentar las ilusiones de sus poderdantes. Carlos X hizo mal, por su parte, en no invitar al cuerpo diplomático á dirigirse á Saint-Cloud; pero no hay que extrañarlo, porque lo que veia le parecia un sueño, y caminaba de sorpresa en sorpresa. Así es que ni siquiera mandó llamar á su lado al duque de Orleans, porque no creyéndose en peligro mas que por parte de la república, jamás le vino á la imaginacion el peligro de una usurpacion.

RAMBOUILLET.

Carlos X partió por la tarde para Rambouillet con las princesas y el duque de Burdeos. El nuevo papel del duque de Orleans hizo nacer en la cabeza de Carlos X las primeras ideas de abdicacion. Monseñor el

delfín, á retaguardia siempre, pero sin mezclarse á los soldados, les hizo distribuir en Trianon el vino y los comestibles que quedaban.

A las ocho y cuarto se pusieron en marcha los diversos cuerpos de tropa. Allí acabó la fidelidad del 5.º de ligeros, que, en vez de seguir el movimiento, volvió á París. Su bandera se llevó á Carlos X, quien rehusó recibirla, como había rehusado la del 50 de línea.

En las brigadas reinaba la mayor confusion, y se hallaban mezcladas las diversas armas; la caballería adelantaba á la infantería, y hacia sus altos aparte. A la media noche del 31 de julio se hizo parada en Trappes. El delfín durmió en una casa inmediata á esta aldea.

Al día siguiente, 1.º de agosto, partió para Rambouillet, dejando á las tropas acampadas en Trappes. A las once levantaron estas el campo. Algunos soldados que habían ido á buscar pan á las chozas fueron asesinados.

Una vez en Rambouillet, el ejército fue acantonado alrededor del palacio.

En la noche del 1.º al 2 de agosto, tres regimientos de caballería volvieron á tomar el camino de sus antiguas guarniciones. Se creyó que el general Bourdoulle, comandante de la caballería de la guardia, había capitulado en Versalles. El segundo de granaderos partió también el 2 por la mañana, después de haber enviado sus guías á la casa real. El delfín encontró á estos granaderos desertores; se formaron en batalla para hacer los honores al príncipe, y después siguieron su camino. ¡Singular mezcla de infidelidad y de atención! En esta revolución de los tres días, nadie tenía pasiones; cada uno obraba según la idea que se había formado de su derecho ó de su deber: conquistado el derecho ó llenado el deber, no quedaba ni enemistad ni afecto; el uno temía que el derecho le arrastrase demasiado lejos; el otro que el deber excediese los límites de lo justo. Quizá no ha sucedido más que una vez, y no volverá á suceder jamás, que un pueblo se haya detenido ante su victoria, y que soldados que habían defendido al rey mientras pareció que quería batirse, le enviasen sus banderas antes de abandonarle. Las ordenanzas habían libertado al pueblo de su juramento: la retirada sobre el campo de batalla libertó al granadero de su bandera.

APERTURA DE LA LEGISLATURA EL 3 DE AGOSTO.—
CARTA DE CARLOS X AL DUQUE DE ORLEANS.

Carlos X se retiraba; los republicanos retrocedían, y nada impedía á la monarquía electiva adelantarse hacia el trono. Las provincias, siempre imitadoras ciegas y esclavas de París, á cada movimiento del telégrafo, ó á cada bandera tricolor enarbolada en la boca de una diligencia, exclamaban ¡viva Felipe! ó ¡viva la revolución!

Fijada la apertura de la sesión para el 3 de agosto, los pares se trasladaron á la cámara de los Diputados: yo me dirigí á ella, porque todo era aun provisional. Allí se representó el segundo acto del melodrama: el trono quedó vacío, y el anti-rey se sentó á su lado. Parecía un canceller abriendo por poderes una sesión del parlamento inglés, en ausencia del soberano.

Felipe habló de la funesta necesidad en que se había hallado de aceptar la lugartenencia general para salvarnos á todos; de la revisión del artículo catorce de la carta, y de la libertad que él, Luis Felipe, llevaba en el corazón, y que iba á desbordar sobre nosotros como la paz sobre la Europa. Palabrería de discursos y de constitucion repetidas á cada frase de nuestra historia hacia medio siglo. Pero la agitación llegó á ser muy viva cuando el príncipe hizo esta declaración:

«Señores pares y diputados: en el momento en que las dos cámaras se hallen reunidas, yo haré someter á vuestro conocimiento el acta de abdicación de S. M. el rey Carlos X. En esta misma acta Luis Antonio de Francia, delfín, renuncia igualmente á sus derechos. Esta acta ha sido puesta en mis manos ayer 2 de agosto á las once de la noche. He ordenado esta mañana que se deposite en el archivo de la cámara de los Pares, y que se inserte en la parte oficial de *El Monitor*.»

Por una miserable estratagema y una infame reticencia, suprimió el nombre de Enrique V, á favor del cual habían abdicado los dos reyes. Si en esta época cada francés hubiera podido ser consultado individualmente, es probable que la mayoría se hubiera pronunciado en favor de Enrique V, y hasta una parte de los republicanos le habría aceptado, dándole á Lafayette por mentor. Quedando en Francia el vástago de la legitimidad, y yendo á acabar sus días en Roma los dos reyes, no habría existido ninguna de las dificultades que rodean á una usurpación y que la hacen sospechosa á los diversos partidos. La adopción de la rama segunda de los Borbones no solo ofrecía peligros, sino que era un contrasentido político: la nueva Francia es republicana y no quiere rey, ó al menos no quiere un rey de la vieja estirpe. Algunos años más, y veremos lo que es de nuestras libertades y de esa paz de que debe alegrarse el mundo. Si se debe juzgar de la conducta del nuevo personaje elegido por lo que se conoce de su carácter, es de presumir que este príncipe no creará poder conservar su monarquía, sino oprimiendo dentro y arrastrándose fuera.

La falta de Luis Felipe no es haber aceptado la corona (acto de ambición de que hay mil ejemplos y que no ataca más que á una institución política); su verdadero delito es haber sido tutor infiel, haber despojado al niño y al huérfano, delito contra el cual no tiene bastantes maldiciones la Escritura; pero nunca la justicia moral (que se llama fatalidad ó Providencia, y que yo llamo consecuencia inevitable del mal) ha dejado de castigar las infracciones de la ley moral.

Felipe y su gobierno, y todo ese orden de cosas contradictorias é imposibles, perecerá más tarde ó más temprano por casos fortuitos, por complicaciones de intereses interiores y exteriores, por la apatía y la corrupción de los individuos, por la ligereza de los espíritus, la indiferencia y la alteración de los caracteres; pero cualquiera que sea la duración del régimen actual, no será nunca bastante largo para que la rama de Orleans pueda echar profundas raíces.

Carlos X, al saber los progresos de la revolución, y no hallando en su edad ni en su carácter medios para detener estos progresos, creyó poder parar el golpe asestado contra su raza abdicando con su hermano, como Felipe lo anunció á los diputados. El 1.º de agosto había escrito una carta aprobando la apertura de la sesión, y contando con la sincera adhesión de su primo el duque de Orleans, le nombraba por su parte lugarteniente general del reino. Aun fue más adelante el 2, porque no pedía más que embarcarse y que se le enviasen comisionados para acompañarle y protegerle hasta Cherburgo. Bonaparte tuvo también comisarios por guardias: la primera vez á los rusos, la segunda á los franceses; pero no los había pedido.

Ved aquí la carta de Carlos X:

Rambouillet 2 de agosto de 1830.

«Primo mío: Estoy muy profundamente apesadumbrado de los males que afligen y que pueden

dacional mataba al mismo tiempo, en los combates de julio, el principio ó el poder de la insurrección. Mr. de Lafayette no se apercibió de que dejando atrás á la república había armado contra ella tres millones de gendarmes.

Como quiera que sea, avergonzados de haber sido burlados tan pronto, los jóvenes intentaron hacer alguna resistencia. Contestaron, pues, con proclamas y carteles á las proclamas y carteles del duque de Orleans. En estos documentos se le decía que si los diputados se habían humillado á suplicarle que aceptase la lugartenencia general del reino, la cámara de los Diputados nombrada por una ley aristocrática, no tenía derecho para constituirse en órgano de la voluntad popular. Se probaba á Luis Felipe que era hijo de Luis Felipe José; este, hijo de Luis Felipe; Luis Felipe, hijo de Luis, el cual era hijo de Felipe II, regente; que Felipe II era hijo de Felipe I, hermano de Luis XIV: luego Luis Felipe de Orleans era *Borbon* y *Capeto*, y no *Valois*. Mr. de Laffitte continuaba sin embargo mirándole como de la estirpe de Carlos IX y de Enrique III, y decía: «Thiers sabe eso.»

Un poco después, la reunión Lointier declaró que la nación estaba armada para sostener sus derechos por la fuerza. El comité central del duodécimo distrito declaró que el pueblo no había sido consultado sobre la forma de su constitución; que la cámara de los Diputados y la cámara de los Pares, habiendo recibido sus poderes de Carlos X, habían cesado con él; que en su consecuencia no podían representar á la nación; que el duodécimo distrito no reconocía á la lugartenencia general, y que el gobierno provisional debía permanecer, bajo la presidencia de Lafayette, hasta que se discutiese y fijase como base del nuevo gobierno otra constitución.

El 30 por la mañana se trataba de proclamar la república. Algunos hombres resueltos amenazaban con asesinar á la comisión municipal si no conservaba el poder. Quejábanse también de la audacia de la cámara de los Pares. ¡La audacia de la cámara de los Pares! Ciertamente que este era el último ultraje que podía esperar sufrir de la opinión.

Se formó un proyecto desesperado. Veinte jóvenes de los más ardientes debían emboscarse en una callejuela que da al muelle de la Ferraille y hacer fuego sobre Luis Felipe cuando se dirigiese del palacio real al Hôtel de Ville. Pero pudo detenerseles, haciéndoles presente que matarían al mismo tiempo á Laffitte, á Pajol y á Benjamin Constant. En fin, se quería robar al duque de Orleans y embarcarlo en Cherburgo. ¡Extraño encuentro el de Carlos X y Luis Felipe, si se hubiesen vuelto á hallar en el mismo puerto y sobre un mismo navío, despachado el uno á las playas extranjeras por los ciudadanos, y el otro por los republicanos!

EL DUQUE DE ORLEANS VA AL HÔTEL DE VILLE.

Habiendo adoptado el duque de Orleans el partido de ir á hacer confirmar su título por los tribunales del Hôtel de Ville, bajó al palacio real, rodeado de ochenta y nueve diputados, con gorras unos, con sombreros redondos otros, de frac estos, de levita aquellos. El candidato real monta en un caballo blanco, seguido de Benjamin Constant en una silla de manos, llevada por dos saboyanos. MM. Mechin y Viennet, cubiertos de sudor y de polvo, marchan entre el caballo blanco del monarca futuro y la silla del diputado gotoso, disputando con los dos mozos de cordel para que guarden las distancias de ordenanza. Un tambor medio ébrio tocaba marcha á la cabeza del acompañamiento. Cuatro alguaciles servían de lictores. Los diputados más celosos gritaban ¡viva el duque de Orleans! Cerca del palacio real estos gritos fueron un poco correspondidos; pero á medida que se avanzaba

hacia el Hôtel de Ville, los espectadores se burlaban del acompañamiento ó guardaban silencio. Luis Felipe se deshacía en cumplimientos desde su caballo de triunfo, poniéndose bajo el escudo de Mr. de Laffitte, de quien en el tránsito obtuvo algunas palabras protectoras. Sonreía al general Gerard; hacia señales de inteligencia á Mr. Viennet y á Mr. Mechin; mendigaba la corona, pidiéndola al pueblo con su sombrero adornado de una cinta tricolor, y alargando la mano para que le diesen esta limosna. La monarquía ambulante llegó á la plaza de Grève, y allí fue saludada con gritos de ¡viva la república!

Cuando la real materia electoral penetró en el Hôtel de Ville, acogieron al postulante murmullos mucho más amenazadores: algunos diputados celosos que proclamaban su nombre fueron muy mal tratados. Entra en la sala del trono, donde se agrupaban los heridos y los combatientes de los tres días, y una exclamación general: — ¡No más Borbones! ¡Viva Lafayette! conmueve las bóvedas de la sala. El príncipe se mostró turbado. Mr. Viennet leyó en alta voz por Mr. de Laffitte la declaración de los diputados, que fue escuchada con un profundo silencio. El duque de Orleans pronunció algunas palabras de adhesión. Entonces Mr. Dubourg dijo bruscamente á Luis Felipe: — «Acabais de contraer grandes compromisos. Si alguna vez llegais á faltar á ellos, somos gentes capaces de recordároslos.» Y el rey futuro responde conmovido: — «Caballero, yo soy hombre honrado.» Mr. de Lafayette, viendo la incertidumbre de la asamblea, pensó súbitamente en abdicar la presidencia: da al duque de Orleans una bandera tricolor; se adelanta hacia el Hotel de Ville, y abraza al príncipe á los ojos de la multitud sorprendida, mientras que este agitaba la bandera nacional. El beso republicano de Lafayette hizo un rey. ¡Singular resultado de toda la vida del héroe de ambos mundos!

Y después ¡plan, plan! La litera de Benjamin Constant y el caballo blanco de Luis Felipe volvieron medio silbados y medio bendecidos, de la fábrica política de la Grève al palacio Mercante. «Este mismo día, dice también Luis Blanc (31 de julio), no lejos del Hôtel de Ville, una barea, colocada en lo hondo de la Morgue, recibía los cadáveres que se traían sobre angarillas. Estos cadáveres se amontonaban unos sobre otros, cubriéndolos con paja, operación que contemplaba silenciosa la multitud, reunida á lo largo de los malecones del Sena.»

A propósito de los estados de la Liga y de la confección de un rey, Palma Cayet exclama: — «Os ruego que os figureis qué respuesta hubieran podido dar el buen maese Mathieu Delaunay, Mr. Boucher, cura de San Benito, y algun otro de esta estofa, á quien les hubiese dicho que debían emplearse en instalar en Francia á un rey á su capricho. Los verdaderos franceses han despreciado siempre esta forma de elegir reyes, que los hace amos y criados á un tiempo.»

LOS REPUBLICANOS EN EL PALACIO REAL.

Felipe no había llegado aun á la última de sus pruebas; tenía todavía que estrechar muchas manos, que recibir muchos cumplimientos, que enviar muchos besos, que saludar muy rendidamente á los transeuntes, y que venir muchas veces á cantar la *Marsellesa* al balcón de las Tullerías.

El 31 por la mañana se reunió un cierto número de republicanos en la redacción de *El Nacional*. Cuando supieron que se había nombrado al duque de Orleans lugarteniente general, quisieron conocer las opiniones del hombre que, á su pesar, estaba destinado á llegar á ser su rey. Eran MM. Bastide, Thomas Joubert, Cavaignac, Marchais, Degoussé y Guinard, todos los cuales fueron conducidos al palacio real por Mr. Thiers. El príncipe dijo en esta ocasión muy be-